

LOS LAICOS EN LA CRISIS DEL MUNDO MODERNO.

En Roma, el hombre de la calle que vive ajeno a los acontecimientos de índole internacional, habrá pensado al leer los grandes letreros anunciadores de este Segundo Congreso Mundial del Apostolado Seglar (Roma 5-13 Octubre 1957) que se trataba sin duda de uno de tantos. Estamos en la era de los Congresos, y la Ciudad Eterna posee un irresistible magnetismo para toda clase de asambleas nacionales e internacionales, de orden político, cultural, científico, tecnológico y religioso.

En esta ocasión osamos afirmar que no se ha tratado de una reunión cualquiera. Dos mil personas venidas al centro de la Cristiandad desde todos los rincones del globo —vimos delegaciones de más de 80 países—, como representantes de múltiples Organizaciones Católicas Nacionales e Internacionales, no se han juntado por el fútil pretexto de pasar unos días en agradable tertulia.

Durante cuatro años, desde el Palacio de las Congregaciones, perdido en el viejo y popular barrio romano del Transtevere, donde funciona el Comité Permanente de los Congresos Internacionales del Apostolado Seglar, se han ido laboriosamente preparando las magníficas realizaciones, que hemos tenido la inmensa fortuna de vivir en estos días otoñales.

Con cuánto ardor hemos llegado a experimentar en el inmenso Auditorium del Palacio Pío la necesidad de una acción internacional! Por unos días, nos hemos olvidado de nuestra propia nacionalidad, de nuestras mezquinas diferencias temporales para sentirnos católicos unidos, organizados, dispuestos a coadyuvar certera y eficazmente al retorno de Cristo a este mundo acribillado de crisis y necesidades.

El sugestivo tema del Congreso "Los laicos en la crisis del mundo moderno: Responsabilidades y formación", podemos dividirlo en tres partes. En líneas generales ha constado de una parte de tono doctrinal con los siguientes temas: "La Misión de la Iglesia" (S. E. Mons. G. B. Montini), "Los laicos en la Iglesia" (Francis Sheed y Alfredo López), "La vocación apostólica al laicado" (Mons. Gerard Philips). Una se-

gunda parte ha tratado de darnos un panorama de la situación del mundo, presentado en las conferencias "La Espera en el mundo de hoy" (Joseph Folliet y John C. H. Wu) y en los relatos que acreditados oradores nos han hecho acerca de las "Responsabilidades actuales de los laicos, en las diferentes regiones del mundo y en la escala mundial". Y en una tercera parte se nos ha introducido, por medio de las conferencias sobre "El crecimiento de la vida cristiana en los laicos de hoy" (S. E. Mons. Manuel Larraín y el Príncipe Karl zu Lowenstein), al estudio más concreto de la "Formación de base al apostolado de los laicos", en los grandes ambientes educativos (familia, escuela, parroquia), en las Instituciones de la Iglesia (Catecumenado, obras caritativas), en los movimientos de apostolado seglar (movimientos de infancia y de juventud, movimientos de adultos, apostolado rural, campo industrial, mundo de la cultura), en los grandes medios de propaganda y difusión (prensa, radio, cine y televisión).

El mismo Santo Padre en el discurso que se dignó dirigir al Congreso en la gran Audiencia inaugural del 5 de Octubre señaló con particular afecto la dramática situación de la Iglesia en los inmensos territorios de Latinoamérica, como consecuencia del aumento excepcional de población, del rápido progreso técnico e industrial y de la angustiada escasez de clero. Según el Romano Pontífice cuatro peligros mortales amenazan a la Iglesia en nuestros países: La invasión de las sectas protestantes; la secularización de la vida, el marxismo que se infiltra activamente en universidades y medios obreros, el espiritismo. Y frente a estas amenazas nos recuerda tres responsabilidades: La de formar apóstoles laicos que suplan la falta de sacerdotes en la acción pastoral; la de introducir en la enseñanza, de la escuela primaria a la universidad, católicos ejemplares como profesores y educadores; la de comprometerse en la vida económica, social y política. Y clama para que en un continente católico, como lo es la América Latina, llegue a ser una regla lo que hasta ahora ha sido la excepción de algunas asociaciones obreras católicas, que trabajan de manera notable y eficaz en algunos de nuestros países.

Apertura del Congreso.

Se abrió con un discurso en español del abogado Victorino Veronese, Secretario del Comité Permanente de

los Congresos de Apostolado Seglar. Una breve historia de la actividad desarrollada a partir del Primer Congreso Mundial celebrado también en Roma el año 1951, nos hizo ver la vitalidad arrolladora del Apostolado Seglar. El interés siempre creciente de la Jerarquía y las diversas reuniones regionales tenidas en naciones donde antes no se conocían, son testimonio de su vigoroso desarrollo. Es grato recordar la primera reunión africana en Kisuki (Uganda), la primera asiática en Manila, la Cuarta Semana Interamericana de Acción Católica y la del Movimiento Familiar Cristiano en Montevideo, y en fin, en el encuentro bolivariano del Apostolado Seglar en Caracas, con ocasión del Congreso Eucarístico Bolivariano. Consecuentemente, la colaboración se va haciendo cada vez más estrecha entre los diversos movimientos nacionales de apostolado, como lo han demostrado los Congresos preparatorios a éste de Roma, que recientemente se han celebrado en India, Sudán, Bélgica, Uganda, México, Portugal, Cuba, Colombia, Chile, Argentina y Uruguay.

El profesor Gedda pronunció unas palabras en nombre de la Acción Católica Italiana, y por último Su Em. el Card. José Pizzardo, Presidente de la Comisión Eclesiástica del Comité Permanente, disertó sobre el tema "Qué es apostolado".

La Misión de la Iglesia.

Un ilustre prelado, S. E. Mons. Montini desarrolló este punto. Más de una vez el auditorio estalló en aplausos ante la exposición luminosa y profunda del que durante tantos años fué el íntimo colaborador de Su Santidad.

La Misión de la Iglesia es la continuación de la de Cristo y posee un doble aspecto: de identidad, de conservación, de coherencia, de comunión de vida, de fidelidad, de presencia; y de movimiento, de transmisión, de proyección en el tiempo y el espacio, de dinamismo, de expansión, de esperanza escatológica. La Iglesia simbolizada, por una parte, de la estabilidad de la piedra, y por la otra, del cuerpo móvil, vivo y creciente de Cristo. Por tanto, la Iglesia, nacida de Cristo, recorre como El el mundo, para volver como El al Padre. Cristo, su fundador, le ha dado el mandato y también la jerarquía. De aquí una primera consecuencia: la ortodoxia de la misión. Puede parecer un principio inmóvil y un vínculo, pero sin ella no será religiosa ni continuación de Cris-

to, sino vicisitud meramente humana. El que cumple la misión de la Iglesia debe poseer la conciencia de ser discípulo antes que maestro, canal, y no fuente. La ortodoxia ha de identificarse con la pasión de la verdad, tal como Cristo y la Iglesia nos la enseñan; debe ser amor y no pretexto polémico. La segunda consecuencia es el mandato o capacidad de transmitir el patrimonio de la verdad. El apostolado es una milicia ordenada, es colaboración, y tanto más perfecto cuanto más impregnado del espíritu jerárquico y comunitario.

La Misión de la Iglesia no es directamente ni política, ni social, ni económica. Consiste en prolongar la vida de Cristo en el mundo, en hacerla fructificar en las obras propias de la fe, de la gracia, del Evangelio. Ante todo, la primacía del reino de Dios en la Evangelización.

La Iglesia en su misión se pone en contacto con el mundo, donde están sus hijos.

El apostolado llega a ser una milicia y un arte, se arma de medios y desciende a la práctica. Se despliega de mil maneras según los ambientes y exigencias. Por consiguiente, como los apóstoles laicos viven en el mundo, pueden proporcionar una utilísima colaboración informativa a la Jerarquía, particularmente con estudios de estadística y sociología religiosa. El problema de los contactos entre la misión de la Iglesia y el mundo queda siempre abierto, porque el mundo se encuentra en una fase de profunda evolución, y la aplicación del mensaje de Cristo admite variedad de tiempos y de formas. Sin embargo, pertenece a la Iglesia determinar cuál es el tiempo ya maduro para una reforma y qué reformas se han de verificar. Otra parte de la misión de la Iglesia consiste en mantener lo sagrado en una determinada relación con lo profano de modo que aquel no sea contaminado, sino comunicado, y éste no sea alterado sino santificado.

En fin, el primer programa del apóstol y del laico será especialmente el de presentar al mundo un cristianismo admirable, simpático, testimonio de nuestro amor recíproco, y del amor desinteresado hacia aquellos que queremos evangelizar. Amaremos a todos, y a todas las clases sociales, nuestro tiempo, nuestra civilización, nuestra técnica, nuestro arte, nuestro deporte, nuestro mundo, tratando de comprender, de compadecer, de estimar, de servir, de sufrir.

Los Laicos en la Iglesia.

¿Están los católicos dispuestos a vencer la indiferencia del mundo, son capaces de difundir la verdad, o al menos están a la altura de la misión que su condición de apóstoles exige? La respuesta sincera a estas preguntas nos las dió agudamente el australiano Francis J. Sheed, conocido escritor y editor católico. La Iglesia en la tierra está en guerra para ensanchar la Iglesia y llevar las almas a la unión con Cristo. En ella se combate con muchas armas, pero la principal es la verdad. Los hombres tienen necesidad de que se les enseñen las grandes verdades sobrenaturales. De otra manera no pueden vivir conforme a una realidad que no conocen. ¿Quién ha de enseñarles estas verdades? La voz de un hombre que habla a su vecino con quien trabaja, conversa y juega. Pero generalmente el laico guarda silencio, porque no conoce suficientemente la fe, y si entra en una discusión, la perdería. ¿Por qué no está equipado para tan urgente deber? Porque la mayor parte de los laicos no comprenden la naturaleza de esta guerra ni ven el medio de ganarla.

La proporción de laicos que sepa leer en el orden religioso es todavía demasiado pequeña. En definitiva puede decirse que no le es estrictamente necesario al laico saber teología, solo el amor es esencial. Pero, ¿cómo se puede amar a Dios y no querer saber todo lo que se puede conocer acerca de El? El amor tiende al conocimiento y el conocimiento sirve al amor. Cada verdad que aprendemos de Dios es una nueva razón para amarlo. Un soldado de la Iglesia debe unir a la formación religiosa un profundo conocimiento de las verdades de la fe.

El Presidente de la Junta Técnica de la Acción Católica Española, Alfredo López, insistió en la idea de la caridad. No basta pronunciar miles de discursos en propaganda y llenar miles de páginas de revistas católicas, organizar centenares de asambleas y congresos. Si el apostolado no se hiciese por amor, delante de Dios no tendría ningún significado.

La vocación apostólica del laicado.

Mons. Gerard Philips, Senador belga y Profesor de la Universidad Católica de Lovaina ampliamente conocido como autor del libro "Misión de los seglares en la Iglesia", puso de relieve las diversas obligaciones de los católicos militantes, referentes a la defensa de los valores cristianos aun en el campo

temporal. Distinguió el campo de acción de los católicos bajo varios aspectos: el misionero, litúrgico y educativo, más íntimamente ligado a la actividad del clero; y el "temporal" más propio de los laicos. Este abraza valores reales que deben ser respetados en honor a su Creador. Otras tareas incumben a los laicos, como la de velar a que el espacio vital indispensable a la Iglesia, no le sea impedido con detrimento de su misión, obligándola a encerrarse en el santuario o la sacristía; la de no abandonar el campo político. Todos estos valores temporales ofrecen aspectos religiosos; los laicos no deben desatenderlos, ni siquiera los más específicos de la ciencia y la técnica, porque todo trabajo, manual o intelectual, es criatura de Dios.

La espera del mundo de hoy.

¿Qué espera el mundo contemporáneo de la Iglesia Católica y de sus hijos? A esta demanda contestó magistralmente con un análisis profundo de la crisis del mundo, el sociólogo francés de fama internacional y Vicepresidente de las Semanas Sociales de Francia, Joseph Folliet. Por más que el mundo muchas veces responde con una indiferencia de plomo, angustiosamente, espera de ella el testimonio absoluto del Dios que es verdad subsistente, su afirmación trascendente, donde la vida humana encuentra un sentido y los actos humanos su consistencia y validez. Espera la transmisión, en toda su integridad y fuerza, del mensaje de Cristo. Espera que sea católica, es decir universal, y que esta catolicidad empape el pensamiento y los actos de cada uno de sus hijos. El catolicismo, campeón de la libertad, del verdadero humanismo, de la justicia social, es la religión que mejor armoniza con un tiempo consagrado a lo universal. En un mundo que se vuela hacia la unidad, sólo el catolicismo ofrece el ideal y la experiencia de lo universal. Vivimos en tiempos definitivos de todo o nada, del "paso" o "doble", de la verdad desnuda. He aquí el tiempo de la Iglesia, la hora del catolicismo total y pleno.

Con delicado sentimiento oriental el afamado jurista y ex-diplomático chino John C. H. Wu completó el análisis de Folliet. Sentó como base la necesidad de restaurar todas las cosas en Cristo. Al mundo de hoy le urge considerar a Dios en todos los eventos de la vida cotidiana. Señaladamente expuso la espera de un Oriente, que a través del largo itinerario de los siglos

y desde las increíbles alturas humanas alcanzadas por Buda, Confucio, etc., llega al encuentro fulgurante con el cristianismo con un caudal precioso de cultura del que le es imposible desprenderse. Para que el acoplamiento sea preciso, es menester que el Cristianismo aparezca, no como un producto más de exportación del Occidente, sino como religión que no tiene fronteras, une a los hombres, trasciende todas las culturas y se acomoda a ellas.

Las responsabilidades actuales de los laicos.

Distinguidos oradores nos proporcionaron una magnífica visión de la inmensa responsabilidad que aguarda a los laicos en las diferentes regiones del mundo. Merece destacarse la brillante intervención del Dr. José I. Lasaga, Presidente de la Federación Mundial de las Congregaciones Marianas. Con expresión clara, convincente y sintética nos trazó un diseño de tremenda realidad al mismo tiempo optimista de los problemas que con más urgencia tiene que atender la Iglesia en la América Latina: La falta de clero; la ignorancia religiosa, de la que sacan partido el protestantismo, la masonería, el espiritismo y las supersticiones; el problema económico-social con una clase campesina que vive en condiciones sumamente primitivas, mientras enormes riquezas se concentran en grupos minoritarios y abonan nuestras regiones para el avance comunista; la crisis de la familia, que se manifiesta en el bajo número de matrimonios religiosos y alto número de uniones concubinarias, en la disolución de los hogares por la separación o divorcio, por el número creciente de abortos y evitación pecaminosa de la prole.

Pero frente a estos problemas, vale la pena considerar algunas de las grandes razones que nos permiten ser optimistas acerca del futuro de la Iglesia en la América Latina: la tradición profundamente católica de nuestros pueblos y la devoción a la Santísima Virgen. Frente a la falta de sacerdotes, el número espléndido de seminaristas que nos ofrecen las naciones como México y Colombia; frente a la ignorancia religiosa, las posibilidades de avance del catolicismo por medio de la enseñanza catequística; en el terreno social, la actitud general de los trabajadores no es abiertamente favorable al comunismo, y en el seno de la Iglesia existe, por otra parte, un creciente interés por el problema so-

cial; en relación con la crisis de la familia se nota también una gran preocupación en el Episcopado y en los dirigentes seculares católicos.

¿Qué pueden hacer los laicos ante estos graves problemas? 1º) Estudiarlos científicamente y tratar de resolverlos poniendo a contribución todos los progresos de la técnica moderna; 2º) Unirse estrechamente en cada país alrededor de la Jerarquía; 3º) Aprovecharse más de la cooperación internacional; 4º) Tener siempre muy presente que la Iglesia necesita más del testimonio de la conducta personal de los dirigentes católicos, que de apologistas.

En un plano supranacional el Señor Vanistendaël, Secretario General de la Confederación Internacional de Sindicatos Cristianos, expuso las responsabilidades de los laicos en el seno de los organismos neutros y oficiales. Subrayó el significado del acto de presencia por parte de los católicos, con una formación científica seria y en número siempre mayor, en los varios organismos internacionales, donde el pensamiento y la moral cristianos prestarán una labor insustituible.

Acerca de la presencia en el seno de los organismos internacionales versó la ponencia del Secretario General de Pax Romana, Thom Kerstiens. Finalmente el Sr. Aldo Moro, Ministro de Instrucción Pública en Italia habló sobre "El hombre político en la comunidad mundial que se crea". Los católicos no pueden substraerse al hecho, que se va efectuando, de la reunificación de un mundo hasta ahora tan dividido. No deberá negar una colaboración específicamente católica y caritativa, fruto de una sólida experiencia, sin hacer concesiones en el campo de los principios, y sin perder de vista el universalismo.

El crecimiento de la vida cristiana en el laico de hoy.

Tal fué el argumento y título de la conferencia, repetidas veces ovacionada, de S. E. Mons. Manuel Larrain, Obispo de Talca (Chile) y Vicepresidente del Consejo del Episcopado en América Latina (CELAM). Explanó los aspectos ascéticos y doctrinales de la formación de base al apostolado de los laicos. El insigne orador recalcó la necesidad de una adaptación de los cristianos a las nuevas exigencias del mundo. Si la primera realidad del laico es pertenecer a la Iglesia, su espiritualidad será comunitaria, litúrgica y bíblica. La segunda realidad es ser

miembro de una Iglesia siempre en crecimiento, por tanto su espiritualidad será misionera. La tercera realidad es ser del mundo, de donde su espiritualidad tendrá como nota fundamental, el sentido sagrado de la vida, la fidelidad al deber, el testimonio de una santidad auténtica en un mundo hambriento de Dios.

El Príncipe Karl zu Lowenstein, Presidente del Comité Central de los Católicos alemanes, tocó el mismo tema teniendo presente la acción exterior del apostolado de los laicos en tres campos principalmente: la familia, la sociedad y el estado. Todos los militantes seculares deben convivir la responsabilidad de los problemas del mundo —lo dijo el Santo Padre— es “esencialmente obra de los mismos laicos”.

Lo más interesante del Congreso, desde un punto de vista práctico, fueron las animadas discusiones de los “carrefours”, concernientes al papel de los laicos en los grandes ambientes educativos, las Instituciones de la Iglesia, en los diversos movimientos de apostolado, en los grandes medios de propaganda. La limitación del espacio no nos permite hacer una somera indicación de las principales conclusiones sumamente ricas en sugerencias prácticas.

El discurso del Papa.

No podríamos cerrar esta crónica, por fuerza difusa, dada la variedad de temas y oradores, sin mencionar el discurso, verdaderamente transcendental, del Vicario de Cristo a los congresistas. Ha sido la joya más preciada de este symposium internacional del Apostolado Seglar. Tanto se ha estimado su importancia, que en el seno mismo del Congreso se creó al instante una Comisión Especial de laicos y eclesiásticos para estudiar el texto del discurso. En adelante difícilmente se podrá prescindir de él cuando se quiera tratar sobre la naturaleza, estructura y ejercicio del Apostolado Seglar. Abre amplias perspectivas en la terminología, y por consiguiente, en la estructura de las organizaciones llamadas de Acción Católica, que en sentido general debe únicamente aplicarse al conjunto de movimientos apostólicos seculares organizados y reconocidos como tales, nacional o internacionalmente, ya sea por los Obispos en el ámbito nacional, ya sea por la Santa Sede

en cuanto a los movimientos que aspiran a ser internacionales. Pero, en particular, para el catolicismo de Latinoamérica, reviste esta alocución un carácter especial por la apremiante preocupación del Santo Padre por nuestros países. Al considerar la penuria alarmante de sacerdotes en nuestros inmensos territorios, en rápida evolución hacia el progreso, piensa en los seculares católicos cuyo trabajo se hace “más que necesario” en estas críticas circunstancias.

Reflexión final.

Imposible será olvidar las jornadas memorables de este Congreso Internacional. No se presenta todos los días la ocasión de entablar contactos con hombres representativos del pensamiento católico. Hemos comprendido en estas reuniones el sentido de nuestra común y universal responsabilidad. Hemos palpado el carácter universal de nuestra Iglesia. No podría ser de otra manera en el corazón de esta Roma católica, por excelencia, junto al Padre Común. Así lo hemos apreciado. Y el Cardenal Siri en su discurso de clausura nos lo ha vuelto a recordar. ¡Y qué admirables perspectivas del mundo se obtienen desde este incomparable observatorio de la Cristiandad! Únicamente la Iglesia Universal responde a esta aspiración profunda del mundo, que en estos momentos históricos, comienza a sentirse mundo, vigorosamente lanzado hacia la unificación. Como muy bien lo ha dicho Vittorino Veronese en su discurso de la sesión final, sólo la Iglesia Católica realiza el maravilloso ideal de la unidad en la diversidad. Unidad que no significa uniformidad. Y diversidad que no degenera en división.

Para terminar nada más oportuno que transcribir las cuatro exigencias que requiere la formación seria del hombre integralmente católico, tal como han sido rubricadas en el Documento Final del Congreso: El ahondamiento de una vida espiritual fundada sobre la oración, adaptada a las condiciones del laico y orientada hacia las otras personas con espíritu de servicio; el ahondamiento doctrinal; el conocimiento del mundo actual, y de sus necesidades; la apertura internacional consistente en la adquisición de una mentalidad verdaderamente “católica”, fiel en su totalidad a la Iglesia Una y Jerárquica.